

**PALABRAS DICHAS ANTE LA TUMBA DEL DOCTOR GONZALO
CASTAÑEDA, POR EL DOCTOR ALFONSO PRUNEDA,
DECANO DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA
Y SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE MEDICINA**

Hace apenas tres años que la Universidad, la Academia de Medicina, diversas sociedades científicas y médicas, los profesores, los discípulos, los clientes y los amigos del doctor Gonzalo Castañeda celebrábamos su jubileo profesional. Ahora estamos aquí, congregados ante su tumba, adoloridos y consternados, para rendirle el postrer homenaje.

De origen humilde, que nunca olvidó, nuestro querido amigo fué estudiante aprovechado, lo que le valió después un viaje a Europa; profesor y director del Instituto de Hidalgo; catedrático de la Escuela Nacional Preparatoria y, por treinta años, de nuestra querida Escuela Nacional de Medicina; profesor de la Médico-Militar, de la de Altos Estudios y de otros establecimientos. El doctor Castañeda se reveló siempre como maestro, que no sólo enseñaba bien lo mucho que sabía, sino, lo que es más importante, educaba con su ejemplo, con su carácter y con su fuerte personalidad, a quienes tuvieron la fortuna de frecuentar sus cátedras. Original y progresista, fué siempre amado por sus numerosos discípulos y respetado por ellos y sus colegas.

Escritor correcto, claro y conciso, vuelca su cultura, que no sólo era médica sino de mayor vastedad; su experiencia médica y social, también muy amplias; y sus originales y acertados puntos de vista, en obras de gran utilidad, que circulan ampliamente y están llamadas a ocupar prominente lugar entre la producción médica mexicana.

Fué por todo esto, auténtico universitario. Sus viajes al extranjero lo habían puesto en contacto con instituciones venerables de cultura que,

decía, él, le habían dejado imborrable impresión. Dentro de la nuestra, no sólo se interesó por los problemas y el progreso de las escuelas en que honró la cátedra; siempre estuvo pendiente de la vida general de la Universidad; y porque la amaba y creía en ella, juzgándola decisiva para el progreso de la cultura, sufrió con sus desfallecimientos y se regocijó siempre de sus triunfos.

Porque era particularmente sociable y sentía la necesidad de la cooperación y del esfuerzo conjunto, honró singularmente a las numerosas corporaciones científicas, médicas y sindicales, de que fué miembro activo y distinguido. Pertenece a la Academia Nacional de Medicina desde hacía 35 años; fué su presidente de 1923 a 1924 y en los dos últimos años, merced a sus merecimientos, pasó a ser miembro titular de tan insigne corporación. Puntual como pocos; autor de valiosos trabajos que esmaltan la "Gaceta Médica de México", órgano de la Academia; frecuentemente tomaba parte brillante en los debates, defendiendo serenamente sus opiniones y respetando las de sus colegas. Su actitud académica la sintetizó en estas frases de su discurso presidencial: "*es urgente e inalienable practicar el bien; por eso deben desaparecer en el seno de ellas (las sociedades) la discordia y la turbulencia*". También entonces dijo: "*pienso pasar la vida en ella (la Academia) y morir en su regazo*". Y así fué, y por eso hemos sentido tan vivamente la desaparición de tan ilustre académico, cuyo recuerdo conservaremos siempre con cariño y con respeto.

El, que había aliviado tantos dolores, fué víctima de cruel dolencia que le hizo sufrir mucho, sin que perdiera su entereza, fortalecida aún más por cristiana resignación. En estos terribles tres meses contó constantemente para fortuna y consuelo suyos, con el amor y la ternura, con el valor y la resignación de dos admirables mujeres, su esposa y su hija, singulares ejemplos de las virtudes cristianas, a quienes los que las acompañamos cerca de esta tumba ofrecemos conmovidos nuestra cordial condolencia. Que, en particular, reciban la de la Universidad, la de su rector y la de la Academia Nacional de Medicina, en cuyo nombre he dicho sinceramente apesadumbrado, estas sencillas palabras. La Universidad y la Academia rinden en estos momentos respetuoso homenaje a quien siempre las honró con su vida ejemplar, y conservarán siempre su memoria con sincero afecto y con singular veneración.

Cementerio Español, 15 de enero de 1947.